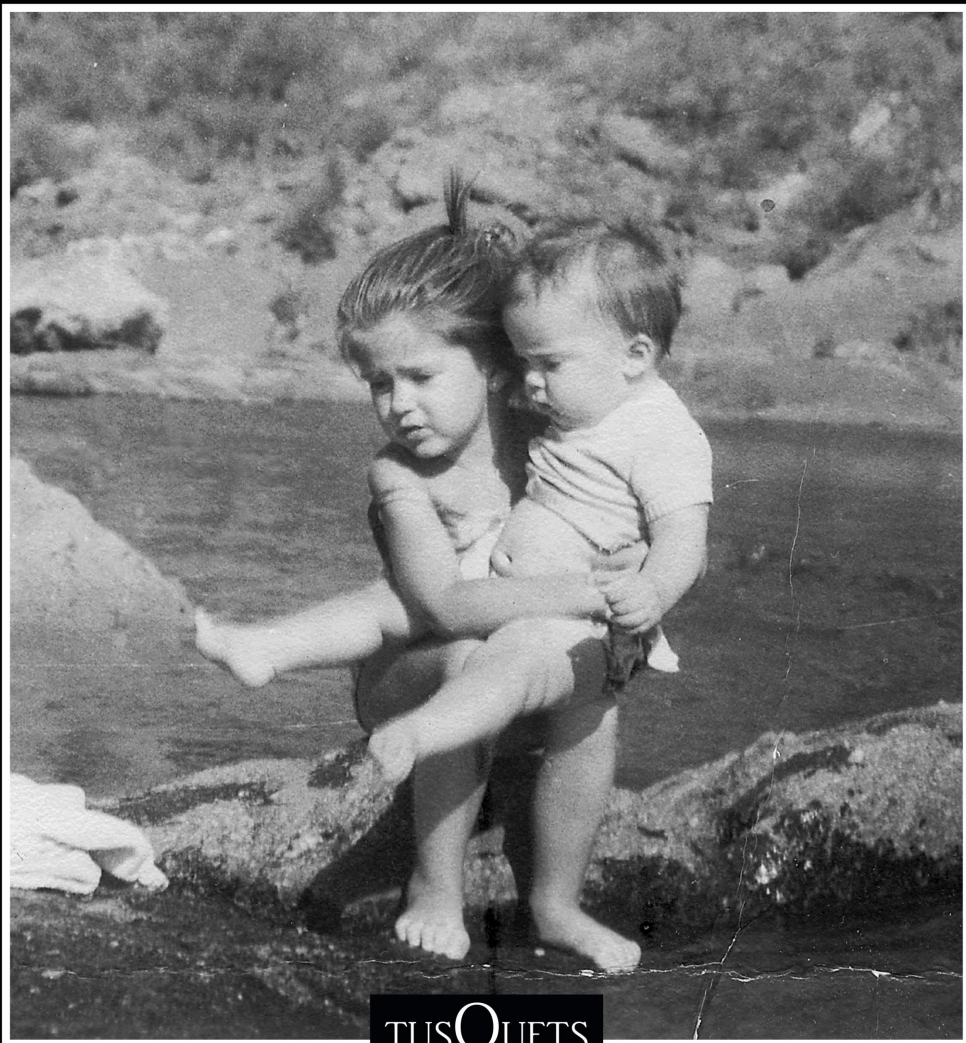


Santiago Loza

LA PRIMERA CASA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SANTIAGO LOZA
LA PRIMERA CASA

TUSQUETS
EDITORES

1. El sueño

Gonzalo caminaba por un bosque. Había árboles de distintos tipos y formas: de todas partes del mundo y de algunas especies no existentes. Con cada pisada, se producían pequeñas quebraduras de hojas secas, ramas diminutas, caparazones de insectos. Caminar tenía un peso irreal.

Gonzalo no estaba solo. Llevaba de la mano a otros. Eran muertos. Como si fueran niños, les pedía que no le suelten la mano. Los muertos se veían algo desvalidos y eran casi transparentes. Gonzalo tenía peso y por eso podía llevarlos como globos, de paseo. Esa tarea lo ponía contento.

La imagen tenía la nitidez que solo poseen los sueños.

Ellos estaban agradecidos con él. En su idioma insonoro le decían que, cuando estuviera despierto,

ellos lo protegerían. Eran amables y sus manos tenían la suavidad de la seda.

Gonzalo trató de retener el sosiego del sueño, pero de inmediato lo perdió: su hermana estaba gritando. Se levantó de un salto de la cama y corrió hasta la sala. La tía Delia llevaba a Diana abrazada, envuelta en una manta, la conducía hacia el baño. Diana caminaba con dificultad, como una zombi. No levantó la vista cuando él preguntó qué pasaba; Delia le clavó la mirada y le ordenó que volviera al cuarto, que no se metiera en cosas de mujeres, que las dejara solas y se quedara encerrado hasta que lo llamen, que todavía no era hora del desayuno y que tampoco estaba en edad de andar en calzoncillos por la casa.

Gonzalo volvió a la cama. Se tapó y trató de recuperar lo soñado, pero fue imposible, el sueño se había esfumado de su mente. Se quedó quieto. Recién comenzaba el otoño y hacía un poco de frío. Pensó en tocarse, pero el grito de su hermana lo había perturbado y por más que se tocaba no le pasaba gran cosa. Estaba preso de un estado parecido al susto. Como si arriba de su cuerpo hubiera caído un

peso de forma gelatinosa y fría, y esa cosa envolviera su espíritu.

Pensó: no voy a poder con este día. ¿Por qué grita Diana? ¿Cuál es el secreto doloroso que guardan las mujeres? Y habrían seguido las preguntas internas de no ser porque Delia entró y abrió la persiana, y la luz penetró de golpe en el cuarto, molesta y blanca, excesiva. Y la tía insistió con el tema del slip. Que ya era un hombrecito y que no era bueno mostrar los atributos delante de dos mujeres como ellas. No tenían por qué ver en ayunas las protuberancias masculinas.

Gonzalo se puso un pantalón de pana un poco avejentado. Fue a la cocina, se sentó a la mesa y tocó el mantel de hule. Fue el primer contacto del día que su cuerpo tuvo con otra cosa que no fuera él. Hasta ese momento, solo había estado dentro de sí; estaban las telas de las sábanas y de la ropa, pero eran como una segunda piel, un intermedio.

El frío del hule al tacto le recordaba que todo lo que lo rodeaba era de una materialidad seca. Miró las flores despintadas del mantel, algunas marcas oscuras producidas por el calor de tazas u ollas que se apoyaron al descuido. No recordaba la mesa

sin ese mantel desgastado. El mismo concepto «mesa» le resultaba indivisible de esa mesa matutina, desnuda y marcada por los años, con ese mantel que alguna vez pudo tener colores alegres. Ahora era una verdadera pena opaca. La palabra «mesa» era eso que tocaba y le recordaba su relación con las cosas. El hule le avisaba que debía convivir con lo no animado, con la rigidez del mundo material, y que la fricción entre su ser y las cosas sería trabajosa, pesada. Y además estaba el ruido de la radio.

Su tía prendía la radio a primera hora y eso empeoraba la situación. Hacía el presente más áspero. Delia proclamaba ser una persona informada. De mañana, escuchaba el noticiero y hacía comentarios en voz baja. Mascullaba las noticias, rumiaba, como si fuera masticando lo que, durante el día, sería su opinión. Gonzalo detestaba ese sonido metálico, y también a la tía en deshabillé, con sus pantuflas de lamé raídas, el pelo recogido y los labios sin pintar. Y la luz pálida que se filtraba por las mañanas en la cocina.

Delia le sirvió un café con leche y le dijo que su hermana no iría al colegio. Que se apurara para ir a tomar el colectivo solo.

Gonzalo hizo caso. En general, prefería acatar lo que Delia le imponía. Le producían una suerte de desidia las órdenes de su tía. Muchas veces creía no estar de acuerdo, pero oponerse requería una energía que no encontraba. Tenía dieciséis años y estaba por estallar en mil pedazos, pero todavía no había llegado el momento de la rebelión.

Tomó el desayuno de manera rápida, se puso el uniforme, se peinó, agarró su mochila y luego se dirigió a la puerta de calle, obediente, a tomar un colectivo que lo llevaría a la escuela: el campo de batalla.

2. La trinchera

En la escuela apenas se puede caminar sin sentir el cuerpo destemplado, tembloroso. Los pasillos tienen ventanales enormes, por los que entra una luz desmedida. Durante los meses de primavera, hace un calor sofocante, y un frío traicionero, una brisa helada, durante los otoños y los inviernos.

Froto las manos, los dedos se ponen rojos; las manos delgadas y muy blancas, al refregarlas, recuperan el color de la sangre. La punta de los dedos está más fría. También los pies, dentro de los mocasines, se congelan.

La tía, cuando se vienen las heladas, pone papeles de diario en el interior de mis zapatos y eso aísla un poco. Pero con el paso de las horas, el papel se humedece y da un frío mojado, insoportable. Prefiero aguantarme el frío neutro de los mocasines y no ese alivio temporal. Yo prefiero aguantar.

Falta un año y medio para terminar el colegio, si tolero este tiempo voy a estar libre. Si tomo aire llego a la meta, si resisto. Me doy fuerzas, ánimo. En poco tiempo no voy a usar mocasines por el resto de mi vida. Ni me voy a poner un corbatín azul ni un saco de uniforme. No más estar esquivando los posibles impactos. No voy a entrar a un lugar cada día con la incertidumbre de una vaca rumbo al matadero.

Sin escape, camino por los pasillos de la escuela mientras me burlan y se ríen, o al darme vuelta me tocan el culo. Estoy seguro de que, pasado este tiempo, voy a sentir un alivio desconocido. Una calma semejante a la que había antes de que comenzaran los insultos, cuando nadie reparaba en mí.

No puedo precisar cuándo arrancó la guerra, pero sí cómo: desde un rincón del aula, uno me dijo «marica» y otro lo repitió porque le resultó de lo más gracioso. Y después no pudieron parar. Las agresiones son contagiosas y el insulto se multiplica y crece conmigo.

¿Cómo saben lo que todavía yo no sé? ¿Qué me define? Soy introvertido, bajo la vista cuando me miran, tiemblo un poco cuando tengo que responder,

dudo bastante antes de tomar cualquier decisión. ¿Eso me hace marica? Tengo una voz aflautada, mutante, pero no es mucho más aguda que la de cualquiera que crece.

De chico jugaba con las muñecas que mi hermana desechaba. La tía le regaló las primeras Barbies que salieron, pero Diana no les prestaba nada de atención, entonces yo las adoptaba, les ponía un nombre, las cuidaba. Estaba la Barbie ejecutiva, con su diminuto trajecito de Chanel; la negra, con sus motitas y un top plateado; la patinadora, que era mi favorita, y la maestra, que no me gustaba (por más buena y delicada que parecía, seguía siendo maestra, y todas las maestras que tuve se habían hecho las sordas cuando los chicos me molestaban).

La patinadora tenía el pelo alborotado, unos shorcitos azules ajustados y la mirada clara clavada a lo lejos. Yo patinaba con ella, con los patines que mi hermana había abandonado. Adoraba patinar, desplazarme en el espacio con poco esfuerzo. Y la Barbie patinadora me acompañaba bien.

Después nos quitábamos los patines y salíamos de compras por una ciudad imaginaria enorme y

luminosa. Pero cuando escuchaba los pasos de mi tía, guardaba rápido todas las Barbies. Eran mi secreto, mis amigas, mis hijas, mis primas admiradas; las ponía juntas, en fila, y les hablaba, nos divertíamos a lo loco. Teníamos una vida de lo más entretenida.

Yo era también una muñeca mientras duraba el juego, era como ellas, una lánguida Barbie. Compartía su felicidad plástica. Las peinaba y les arreglaba la ropa, y las volvía a dejar en el mismo cajón donde las tenía confinadas mi hermana.

¿Ese pasado infantil de muñecas me delata? ¿Me convierte en maricón? ¿Cómo pueden adivinarlo? El recuerdo del juego me produce remordimientos. Tal vez no es ese simple juego secreto lo que me avergüenza, sino la obscena soledad que me persigue siempre.

Un olor nauseabundo que se siente a lo lejos; mi soledad aleja o produce rechazo, extrañeza o deseo de agresión. Una especie de lepra; ese aspecto inconfundible del solitario, el temblor al hablar, la mirada baja, la espalda encorvada, las uñas mordidas.

La soledad crece junto a mi cuerpo, lo traga, lo reduce, lo vuelve pequeño a la vista, insignificante. Se va formando un hombrecito temeroso, un ser incompleto, un cobarde.

Pero bajo esa apariencia cobarde siempre arde un fuego desmesurado.

Mientras los otros me humillan, una parte recóndita los mira con desprecio. Son bestias, animales, brutos, toscos. Poco y nada saben del fuego que habita en mi parte cavernosa. Nada saben de mí.

Salvo Damián, él me descubrió. Era uno más del resto, pero despacio se apartó de la manada. Pude notar con asombro cuando se fue acercando.

Un día estaba sentado a mi lado y después de escuchar un chiste grosero que me hacían, dijo, no les hagas caso. En verdad, lo dijo apenas audible, lo murmuró. Y ahí, dentro de mi angustia, tuve un leve sosiego. Damián me rescató. Comenzó a hacerme compañía en los recreos, a escucharme.

Antes de Damián, no sabía que yo podía tener algo interesante para decir. Mi hermana escucha muy atenta cuando le cuento películas, pero nunca le hablo de mí. Con Damián, supe que tenía un «mí» para decir. Le puedo expresar mi parecer,

lo que veo y siento, él escucha y además lo hago reír.

Antes, solo Diana se reía conmigo. Pero es distinto hacer reír a un ser triste como Diana que a Damián. Provocar la risa en mi hermana es un acto de caridad. En cambio, hacer reír a Damián me halaga. Él no tiene necesidad de risa, podría reírse con los otros, con los chistes groseros, pero prefiere reírse de lo que yo le cuento. Con Damián descubro que tengo un agudo poder de observación.

La soledad me vuelve retraído y ese desplazamiento hacia un fondo me convierte en espía: durante las horas de clase puedo detectar detalles que a los brutos se les escapan. Hablando con Damián, dejamos en evidencia la torpeza del resto y nuestra superioridad. Estamos apartados, pero somos más que ellos. Tenemos un poder dual que los otros ignoran.

Con él también hablo de películas. Me gusta contar las tramas. Lo hago con Diana, que no tiene paciencia para verlas. Mi hermana prefiere que se las cuente, dice que las disfruta más en mi relato. Que si las mira, se distrae y no puede encontrar el punto de interés. Con mis relatos se concentra y ahorra tiempo.

Damián es especial, se desprendió del resto para rescatarme de la total soledad. Con él descubrí que se puede confiar.

Damián y Diana, los dos nombres con D.

Esas presencias son necesarias para subsistir. No podría sin ellos. Hubiese sucumbido mucho antes. Ellos están ahí para sostenerme. Me dan un presente, una entidad. Con ellos puedo ser y eso no los asusta. Y al escucharme, me recuerdan que soy parte del mundo, que tengo la posibilidad, el derecho, de ser parte de lo vivo.

A Damián le hablé de mis padres, de la muerte, de Diana, de nuestra orfandad. De la tía que nos cuida. De mis ganas de irme de esta ciudad. De irme lejos, para siempre. Incluso parece entusiasmarse con el plan y yo espero que, de tanto hablar de la huida, él se sume. Que nos vayamos juntos, escapar como un dúo inseparable, hacer un viaje largo, corriendo peligros y aventuras: de a dos, el temor se amortigua. Quiero tener con él un viaje de película, con risas en la madrugada, en la ruta, libres.

Faltan menos de dos años para que termine el infierno escolar.

Mi cuerpo está poseído por fuerzas desconocidas.

En el banco de al lado, durante las clases, Damián es el custodio de mi devenir.

Lo miro de reojo, la luz entra por la gran ventana de la mañana y le atraviesa el pelo claro y finito, generando un aura. Un extraño resplandor que lo hace más extraordinario todavía.